

Vitrales

El maestro vidriero terminó de hacer los bocetos para los vitrales tan rápido como se lo habían encomendado. Fue algo súbito, como si alguien le dictara. La gracia del Espíritu Santo se ha posado sobre él, comentaron sus discípulos. Razón no les faltaba: las composiciones eran en verdad formidables. Ser ocupado por la Gracia es como zambullirse en el mar y salir renovado, saben los estudiosos. Sin embargo, en el recuerdo, cuando las cosas vuelven a ser como siempre, el agua se presenta en forma de río: lo que se ha visto como un todo sin fisuras se recupera como sucesión. Eso sí, afirman los teólogos: no culpen al Espíritu por el orden con que se encadena a las imágenes.

El maestro vidriero observó una vez más los bocetos. Se trataba de unas cinco escenas sobre la historia de los jesuitas. La vida de san Ignacio, el fundador de la orden, ocupaba los dos primeros planos, por supuesto. Después había unas imágenes sobre la obra de la Compañía en América, y un desierto como símbolo de los ejercicios espirituales que san Ignacio de Loyola había elaborado.

Los bocetos fueron aprobados por el obispo. No presentó ninguna objeción. Sin embargo, había algo así como una nota desafinada, que no lograba discernir muy bien. Acaso en el orden de las imágenes, como si se siguiera una suerte de cronología inversa. En todo caso, se trataba de detalles de menor importancia. Los bocetos eran preciosos.

Los jesuitas agregan a los tres votos de la vida religiosa –pobreza, obediencia y castidad– un cuarto: obediencia plena al papa: allí donde el pontífice lo considere necesario, allí deben dirigirse. Una de las imágenes mostraba a un grupo de jesuitas yéndose de los templos; otras, las misiones abandonadas. Pero en las que seguían, todo parecía florecer. El obispo interpretó los dibujos como cifra de la eficacia de la orden: donde hay daño, allí los jesuitas restauran. Parten adonde quiera que haya que ir.

El maestro vidriero trabajó con tres discípulos durante casi cuarenta días. A partir de los cartones abocetados se recortaron trozos de vidrio, que fueron entintados (rojo y azul como colores predominantes), luego se unieron las partes con tiritas de plomo que delimitaban las figuras.

La luz no hace diferencias: todos los vitrales se iluminan al mismo tiempo, no hay sucesión en las imágenes cuando son iluminadas; todas se encienden al unísono, tal cual la naturaleza de la revelación. Como si fuera un sueño: al despertar tratamos de ponerlo en orden con palabras. Y en verdad, si se lo piensa un poco, las palabras terminan por desordenar las cosas; por eso, el atropello y el entusiasmo van juntos cuando se cuenta un sueño.

Los vidrios fueron colocados con el mayor cuidado. Los trabajos se extendieron hasta bien entrada la tarde. Y ya apenas a la luz de las velas, se logró sellar la última imagen.

Al otro día el obispo ingresó a la nave de la iglesia más temprano que de costumbre. Se sentó a aguardar a que la noche se retirara para poder contemplar los vitrales. Era el 31 de julio, el día de san Ignacio. A eso de las siete y media de la mañana el sol dio de lleno en los vitrales. Y el obispo se sumergió en el mar: las imágenes conformaron una totalidad. Y cuando el obispo salió del mar, comprendió el sentido de la sucesión. El desierto no era metáfora de nada y los jesuitas no iban restaurar nada y las misiones terminarían en ruinas, así de claro. No encontró palabras para ordenar lo que no parecía un sueño sino una pesadilla. Se levantó de golpe del reclinatorio y salió a la calle. Estaba casi desierta. Tomó unas cuantas piedras, todas las que pudo, e ingresó de nuevo en la iglesia. Se arrodilló, se persignó y con el llanto en la garganta arrojó las piedras contra el vitral. No quedó nada en pie, salvo un pequeño fragmento donde se podía distinguir una barca cuya proa culminaba en cruz.

Asustados por el ruido, los novicios y un par de sacerdotes llegaron a la nave. El obispo ha enloquecido, pensaron aterrados. Y nadie se animó a consolarlo. El obispo solo pedía perdón y repetía lo que le habían enseñado en sus años de noviciado: cuando la luz atraviesa las cosas, las cosas se ponen en movimiento.

Esa misma mañana, el maestro vidriero, consternado, juntó los restos de su trabajo. Uno de sus discípulos quitó con sumo cuidado el único fragmento sano. Antes de entregarlo lo puso delante de sus ojos: la luz dibujó una hermosa barca.

Una semana después de estos sucesos el obispo fue trasladado a un retiro en Salta.

La corona española expulsó a los jesuitas de América en 1767.

Regresaron en 1853.

Luis Sagasti